

CAPÍTULO II

LOS BÁRBAROS

§ I.—Estado social de los Bárbaros.

Las poblaciones germánicas han regenerado á la Europa y han extendido su imperio ó su influencia por todas las partes del mundo, germinando, bajo sus pasos, una civilización fuerte y progresiva. Con razón se enorgullecen los vencedores de Roma por aquella magnífica conquista. Embriagado por ello el patriotismo alemán, ha transportado el presente al pasado y ha creído hallar en las selvas de la Germania todo cuanto poseen nuestras sociedades de libertad, de inteligencia, de moralidad y de grandeza. Los conquistadores del siglo V se mostraban orgullosos con el nombre de Bárbaros que les habían dado la vanidad griega y el orgullo romano. Pero sus descendientes se sublevan contra esa imputación de barbarie; según ellos, los Germanos no tenían de Bárbaros más que las apariencias; su vida era sedentaria, agrícola, y en ella realizaban lo que las sociedades más avanzadas tienen tantas dificultades en conciliar, la libertad y el orden. Hé aquí los rasgos generales con que los Alemanes pintan á sus antepasados; y cuando se descende á los detalles, aun son más extrañas las pretensiones. Tal historiador hay que no quiere

que los Germanos se embriaguen con pasión; tal otro reivindica para la Germania el culto caballeresco á la mujer, así como se ve en los romances de la edad media (1). Y no son únicamente los talentos vulgares los que se entregan á esas exageraciones; el patriotismo ciego á los escritores más distinguidos. El uno opone el paganismo liberal y tolerante de los Germanos al Dios egoísta y rencoroso de los Judíos (2); otro lamenta que la caridad cristiana haya alterado las costumbres belicosas de sus antepasados (3). El libro de un docto sueco (4), que coloca en el Norte todas las maravillas de la fábula y de la historia, viene á ser el último grado, pero al mismo tiempo la sátira de esas extravagancias.

Se comprende que la teutomanía haya provocado una violenta reacción. Los Alemanes no quieren que los Germanos sean bárbaros. Y como si el genio de Roma se hubiera despertado á esos gritos

(1) GUIZOT, *Histor. de la civiliz.*, lección VII.

(2) LASSEN, *Antigüed. de la India*, t. I, p. 415.

(3) GERVINUS, *Histor. de la poesía nacional*, p. 312.

(4) OLAUS RUDBECK, profesor de la universidad de Upsal, en su obra titulada *Atlantica*.

de triunfo, sobrepujando su desprecio, ha tratado á sus rudos vencedores de salvajes: "Leed el libro de Tácito sobre las costumbres de los Germanos, dice Buffon, y veréis la pintura de las costumbres de los Hurones." Historiadores célebres han desenvuelto el pensamiento del gran naturalista, y al lado de cada párrafo de Tácito han puesto un rasgo de las costumbres de los salvajes; de la comparación resulta una semejanza perfecta: "Los Germanos despreciaban la agricultura, no vivían más que de la caza ó de los rebaños; pues lo mismo hacen los salvajes de la América. Apenas se encuentra en la Germania un elemento de sociedad civil y política; también los salvajes gozan de la libertad más ilimitada: cada uno hace lo que le acomoda. Allí donde no existe el Estado no puede haber justicia social; los salvajes, como hacían los Germanos, vengan ellos mismos las injurias que reciben" (1).

No queremos llevar más adelante este paralelo; los dos sistemas contrarios en orden al estado social de los Germanos son igualmente falsos. El patriotismo alemán se ha hecho ilusión creyendo hallar en los bosques de la Germania el ideal de la moralidad y de la sociabilidad; el ideal no está en la cuna de las sociedades, está en el límite extremo de su desarrollo. ¿Es esto decir que los Germanos se encontrasen en la triste condición en la que los viajeros han encontrado á las tribus de América? Á pesar de la analogía de algunos rasgos relativos á las costumbres y al carácter, un abismo separa á los salvajes de los Germanos: las razas salvajes se extinguen al contacto de la civilización, mientras que los Germanos son la más perfectible de todas las razas humanas. Cuando Tácito trazaba el cuadro de sus costumbres, ya no eran salvajes; ¿habían pasado quizá por esa situación que no se puede llamar social, puesto que es la ausencia de toda sociedad? Los filósofos del último siglo creían que el salvajismo era condición natural del género humano. Si fuese así, aquel estado primitivo habría debido ser bien diferente del embrutecimiento de los salvajes, tales como los vemos aún en algunas partes del mundo, porque la condición de éstos se parece más á una degradación que á un desarrollo natural. Los Germanos eran bárba-

ros, no eran salvajes. Aun cuando no tuviéramos la *Germania* de Tácito, nos podríamos formar una idea bastante clara del carácter y costumbres de los Germanos sin más que ver la misión que han llenado en el mundo. Llamados á destruir el imperio romano, debían estar dotados de la virtud guerrera en el más alto grado. Pero al sembrar de ruinas el suelo de la Europa, también le fecundaron; debían tener, pues, un genio particular que les hiciera aptos para constituir un elemento de la sociedad moderna; ¿y cómo conciliar su misión de destructores con la de regeneradores? Mas ¿de qué manera han pasado los Germanos de la barbarie á la civilización? La Providencia había preparado á Roma y al cristianismo para templar y suavizar lo que había de bárbaro y de rudo en la raza germánica.

§ II.—Principio destructor.

En la antigüedad, la guerra era permanente; se levantan y caen los imperios con una rapidez asombrosa; no cesa la lucha sino cuando las naciones se ven arrolladas y reunidas bajo las leyes de la Ciudad Eterna. Con todo eso, ninguno de los pueblos antiguos tenía el amor á los combates en grado tan alto como los hombres del Norte. El dulce genio de la Grecia inspiraba ya á los héroes de Homero. Y en cuanto al pueblo rey, la guerra era para él una grande especulación; conquistaba para explotar. Cuando los Romanos hicieron conocimiento con los Germanos, se asombraron de su genio belicoso: "¿Qué pueblo hay más intrépido que los Germanos? exclamaba Séneca. ¿Cuál más apasionado por las armas, en medio de las cuales nacen, crecen, y de las que hacen su único oficio, indiferentes á todo lo demás?" (1). La pasión de la guerra es el rasgo característico de los pueblos del Norte.

Tácito ha pintado admirablemente las costumbres guerreras de los Germanos. En Roma, cuando el joven llegaba á la edad viril, se le investía de la toga, símbolo del genio romano, más bien político que militar. Al joven Germano se le entregaban, en plena asamblea, el escudo y la frámea. Esta era su toga viril; y entre las más bravas tribus de la Germania, sólo estaba reputado por hombre aquel que había dado muerte á un enemigo. Los Germanos no dejan jamás sus armas; van con ellas á los

(1) ROBERTSON, *Histor. de Carlos V* (notas).—GUIZOT, lección VII.

(1) SENECA, *De Ira*, I, 11.

festines como á las asambleas de la nacion; agitando sus espadas en el aire es como manifiestan su asentimiento, y sus mismos juegos son danzas guerreras. Entre ellos, el valor es la virtud por excelencia y casi el único deber; la cobardía y la traicion son los únicos crímenes públicos; los traidores y los transfugas son colgados de un árbol, y los cobardes anegados en el fango de un charco (1).

Entre los antiguos, las mujeres permanecían ajenas al duro oficio de las armas. Las mujeres germanas acompañan á sus esposos y á sus hijos á los campos de batalla, y llevan á los combatientes, no tan sólo el alimento, sino sus exhortaciones; se vieron cuerpos de ejército semiderrotados que volvieron á la carga en fuerza de aquellas exhortaciones. Los historiadores romanos admiran el heroísmo de las mujeres cimbras, y los *Sagas* celebran las hazañas de las *virgenes del escudo* (2).

Entre los Escandinavos, el heroísmo traspasa casi los límites de la naturaleza humana: la muerte en el campo de batalla es el apetecido fin de la vida. Cuando una mujer tiene un hijo, pide que muera combatiendo, y los guerreros desean y reciben la muerte como un bien: "Saltan de alegría pensando que van á salir de la vida de una manera gloriosa, y en sus enfermedades se lamentan porque temen un fin bochornoso y miserable," (3). Para evitar el oprobio de una muerte natural, los viejos ponen fin á su existencia; el dios que reverencian, Odino, les ha dado el ejemplo al traspasarse el pecho con el hierro de su lanza. Hay en Suecia una montaña escarpada, desde lo alto de la cual se arrojaban aquellos que querían terminar su vida; y se la llamaba la Sala de Odino, porque, en cierto modo, era el vestibulo del palacio de aquel dios (4).

Este último rasgo revela el principio de aquella sed de muerte que cuesta trabajo comprender por ser tan contraria al instinto de la naturaleza. Los poetas latinos habían adivinado el secreto de aquel valor que más tarde debía poner fin al imperio de la Ciudad Eterna: "La muerte, dice *Lucano*,

es para los Bárbaros el tránsito á una larga vida en otro mundo; y con semejante error son dichosos esos pueblos que están tocando al polo; no conocen el más terrible de todos los temores, el de la muerte. Y de ahí esa valentía en precipitarse sobre las lanzas; de ahí esas almas, siempre prontas al sacrificio, y esa persuasion de que no se deben tener cobardes consideraciones con la vida, puesto que se vuelve á resucitar," (1).

La religion de los Germanos es completamente guerrera. La divinidad principal, el padre comun de la raza, es el dios de la guerra. *Wuotan* ú *Odino* es la personificación del furor en los combates (2). En Roma se representaba al Dios de la guerra armado; los Germanos tienen un símbolo más enérgico, una espada desnuda hincada en tierra (3). Según el Edda escandinavo, Odino fué el que dió origen á la primera guerra y el que enseñó á los hombres ese arte de destruccion (4). Los emblemas de aquel dios terrible son dignos de su mision: está armado de un dardo milagroso, y todos los enemigos sobre los cuales vuela el dardo están destinados á la muerte: tiene á sus lados dos lobos y dos cuervos que le siguen al combate y se arrojan sobre los cadáveres (5). Las virgenes de la muerte le acompañan; las *Valkyrias* aman el grito de los heridos y el olor de los cadáveres; la vispera de las grandes batallas trabajan juntas acompañándose con cánticos guerreros; la tela que tejen es de entrañas humanas... y emplean flechas para el servicio de lanzaderas; la sangre corre sobre la tela; los combates son su deseo más violento, y eligen los guerreros que han de ser recibidos en el palacio de Odino (6). El cielo germánico no se abre más que á los héroes que mueren combatiendo. Entremos en el *Valhalla*. El concepto de la vida futura revela el genio de los pueblos. Cuando un guerrero ha caído sobre el campo de batalla, las *Valkyrias* le conducen á la morada de Odino: "¿De dónde viene ese ruido? ¿Por qué se agitan tantos hom-

(1) LUCANO, *Pharsal.*—Cf. APP. AN., IV, 13.

(2) *Wuotan*, *Wódan*, es la forma germánica; *Oddin*, la forma escandinava; una y otra significan furor (WACHTER, en la *Enciclop. de Ersch*, sec. III, t. VIII, p. 288).

(3) HEROD., IV, 62.—AMMIAN. MARCELL., XXXI, 2, XVII, 12.—JORNANDES, c. 35.—GRIMM, *Mitolog. alem.*, p. 185.

(4) MÜLLER, *Histor. de la Relig. de la antig. german.*, p. 197.—GRIMM, *Mitolog.*, p. 122.

(5) GRIMM, *Mitolog.*, p. 134.

(6) GRIMM, *Mitolog.*, p. 389.—MÜLLER, *Histor. de la Relig. de la antig. german.*, p. 310, 351.

(1) TÁCITO, *Germ.*, 31, 13, 22, 11, 24, 12.

(2) DEPPING, *Historia de las expediciones marítimas de los Normandos*, t. I, c. 1.

(3) VALER. MAXIM., II, 6, 11.

(4) GEYER, *Historia de Suecia*, c. II.—MALLET, *Introduccion á la historia de Dinamarca*.

bres y se mueven todos los bancos?—Es que Erico va á llegar, dice Odino, le espero; que se levanten y vayan á su encuentro.—¿Por qué te agrada su venida más que la de otro rey alguno?—Porque en muchos sitios se ha enrojecido la espada con su sangre, y porque su espada ensangrentada ha atravesado muchos sitios. Yo te saludo, Erico, bravo guerrero, entra, sé bien venido á esta mansion," (1). En la idea cristiana, son los santos los que glorifican al Creador; en la mitología del Norte, es Odino el que enaltece á los guerreros: éstos son sus hijos, los adopta y les da asiento (2). ¿Qué existencia llevan los guerreros en esa mansion de gloria? Una eternidad de combates y de festines. Desde la mañana, armados de todas armas, jinetes en sus corceles soberbios, se desafían y se batien; el cielo resuena con el choque de las lanzas y de las espadas; corre la sangre, y el pavimento celeste se cubre de héroes que han sufrido una segunda muerte. Pero suena la hora del festin, cesa la lucha, las heridas se cierran, y los muertos resucitan para sentarse á la mesa de su jefe. Los que salen de la vida por la muerte natural están excluidos del *Valhalla*, aun cuando hubieran sido valientes guerreros. El *Niflheim* es su mansion; *Héla* es la que ejerce su imperio en aquel triste mundo: su palacio se llama la nube, su mesa el hambre, su cuchillo la necesidad, su sirviente el perezoso, su criada la lentitud, su puerta el precipicio (3).

Un culto que castiga la muerte natural, hasta la de los bravos, mientras que promete una vida eterna de combates y festines á cuantos son alcanzados de una muerte violenta, debe forzosamente inspirar la pasion de los combates, el fanatismo de la sangre. El celeste frenesí de Odino anima á todos los guerreros: "Que caen, rien y mueren," (4). Tales hombres habian nacido para la destruccion; ese heroísmo religioso es el que ha causado la ruina del imperio romano. Odino arrojó su dardo sobre el mundo romano: "Difundió el espanto entre las legiones, consagró sus jefes á la muerte, y las

águilas cayeron al ímpetu de su cólera," (1); hombres, caballos, todo lo que pertenecía á los vencidos, fué exterminado (2).

§ III.—Principio regenerador.

N.º 1.—La libertad individual.

Los antiguos no conocían la libertad tal como los pueblos modernos la desean y la practican. Nosotros no concebimos que el hombre sea libre si no se respeta su personalidad; el Estado, léjos de destruirla, debe asegurarle su libre desarrollo. En las repúblicas antiguas, por el contrario, el Estado absorbía al ciudadano; los derechos del hombre, como tal, eran desconocidos. Ese elemento de la naturaleza humana, ahogado en los estrechos límites de la ciudad antigua, se desenvolvió en los bosques de la Germania. Los Germanos no se aprisionan en una ciudad, y apenas si hay un lazo social entre los miembros de una misma tribu ó ranchería: el hombre era todo, el Estado no era nada. En esa independencia salvaje debía exaltarse la personalidad; y, en efecto, ella forma el rasgo característico de los Bárbaros; de ellos tenemos la necesidad de libertad que distingue á las naciones modernas.

El espíritu de individualismo está fuertemente impregnado de las ideas religiosas de los pueblos del Norte. Entre los antiguos, la religion se confundía con el Estado; los Germanos no han tenido cuerpo sacerdotal; cada padre de familia era sacerdote (3). Ese carácter individual de la religion chocó á César; pero no se dió cuenta de la profunda diferencia que separa la idea de los Germanos de la de la antigüedad. César negó en pleno Senado la inmortalidad del alma. Esta triste doctrina no era un error aislado: la filosofia antigua concluía en el panteísmo, y absorbía al hombre en Dios: la religion, infestada del mismo vicio, no daba al in-

(1) Son las palabras con las que se formulaba el anatema guerrero contra los ejércitos enemigos (MÜLLER, *Histor. de la Relig. de la antig. german.*, p. 197.—WACHTER, II, p. 294).

(2) Cuando una vez se pronunciaba la terrible fórmula, nada de cuanto perteneciera á los vencidos quedaba con vida (TÁCITO, *Annal.*, XIII, 57). Los Cimbrios pronunciaron la imprecacion contra un ejército romano, y cumplieron religiosamente su juramento: dieron muerte á todo sér viviente, y arrojaron al Ródano armas, equipajes, oro, plata, todo, hasta los caballos (OROS, *Histor.*, v, 16).

(3) TÁCITO, *German.*, 10.—CÉSAR, *De Bello gall.*, VI, 21.

(1) THIERRY, *Histor. de la conquista de Ingliter.*, lib. II, segun TORFEUS, *Histor. de Noruega*, IV, 10.

(2) "Dios los sienta en su regazo." (GRIMM, *Mitolog.*, p. 778).

(3) GRIMM, *Mitolog.*, p. 778, 760.—MÜLLER, *Histor. de la Relig. de la antig. german.*, 393, 394.—MALLET, *Introduccion á la historia de Dinamarca*, lib. II.

(4) SAXO GRAMMAT., II.—La lengua germánica tenía una expresion particular, *Berserk*, para designar esos entusiastas (WACHTER, en la *Enciclop. de Ersch*, sec. III, t. VII, p. 289).

dividuo garantía alguna de su persistencia después de la muerte. Los rudos habitantes de la Germania tenían ese sentimiento de la inmortalidad que faltaba á los Griegos y á los Romanos. El guerrero no muere, cambia solamente de habitación; la vida futura es el ideal de la vida presente.

El sentimiento de la independencia individual acompaña al Germano en todas las relaciones de la vida. En Roma, la familia se concentra en el padre, único que tiene existencia jurídica; su potestad no tiene límites, y no acaba sino por la muerte ó por su voluntad. También entre los Germanos tienen una gran fuerza los vínculos de familia; pero ceden á la necesidad más imperiosa de libertad: el hombre puede romper los lazos que la naturaleza ha formado. "Si alguno, dice la *Ley Sálica*, quiere renunciar á sus padres, se presentará en la asamblea del pueblo, llevando cuatro varas de aliso, y las romperá sobre su cabeza, declarando que de allí en adelante no habrá nada de común entre ellos y él," (1).

Este mismo sentimiento de independencia y de individualismo se revela en la guerra. La conquista romana conduce á la unidad, la conquista germánica á una diversidad infinita. Después de algunos siglos de la dominación de Roma, los vencidos eran Romanos por el lenguaje, por el derecho y las costumbres. La invasión de los Bárbaros presenta un espectáculo diverso; los vencidos conservan su existencia; las diversas razas coexisten sobre el mismo territorio, con sus instituciones y su genio particular; de ahí la personalidad de derecho y la división de la Europa en una multitud de pequeñas soberanías aisladas é independientes. Y aquí resplandece la superioridad del genio de los Germanos sobre el de Roma. Nada más magnífico, en apariencia, que la unidad romana, mientras que la conquista de los Bárbaros parece que engendra la anarquía. Pero ¿adónde ha conducido la unidad del imperio? ¿Á la igualdad bajo el despotismo. ¿Adónde nos ha traído la feudalidad? ¿Á la división de la Europa en naciones libres é independientes, y al reconocimiento de la libertad en el seno de cada nación.

¿Tendremos necesidad de insistir sobre la importancia que entraña el principio individualista para el siglo XIX? Filósofos y políticos lo desco-

(1) *Lex Sálica*, 63.

nocian igualmente. Infieles al genio de su raza, los pensadores alemanes han enseñado un panteísmo en el cual, Dios, el hombre y las naciones desaparecen juntamente; es preciso volverlos á llevar á los bosques de la Germania, para que allí se penetren de ese vivo sentimiento de personalidad que animaba á sus antepasados. Los guerreros del Norte hacían milagros de valor con la convicción de que la muerte es la continuación de la vida, y de una vida mejor. Al presente, la energía del hombre se enerva; y si se la quiere reanimar, es preciso no aprisionarla en esta tierra; se necesita mostrarle una vida progresiva, y por meta un ideal. Los políticos olvidan también que la existencia del hombre se concentra en la personalidad; quieren sustituir la vida del Estado á la de los individuos, cuando se necesitaría organizar el Estado de manera que los individuos encontrasen en él todas las condiciones para el desarrollo de sus facultades morales, intelectuales y físicas. El panteísmo de la antigüedad conduce á la muerte: el hombre no vive más que por la libertad.

N.º 2.—La igualdad.

I.—Los hombres libres.—La aristocracia.

La aristocracia domina en la antigüedad. El Oriente está sometido al régimen de las castas. El Occidente rechaza las castas, pero quedan algunas huellas del sistema oriental en la división de clases. En Roma, el elemento democrático y el elemento aristocrático están en lucha permanente, y no triunfa la democracia más que personificándose en los Césares, en los cuales delega sus derechos. Todavía hay una división más profunda en el seno de las ciudades: los hombres libres forman una pequeña minoría, y la masa de la población es esclava; aquellos fieros ciudadanos que reivindican la igualdad constituyen ellos mismos la más opresora de las aristocracias. El genio aristocrático de la antigüedad ha sido el principio de su ruina. En las repúblicas griegas, la lucha de los nobles y del pueblo, de los ricos y los pobres, conduce á la tiranía y á la disolución de la ciudad; un despotismo monstruoso es en Roma el fruto de aquellos largos combates por la igualdad, al tiempo mismo que la esclavitud minaba las fuerzas de la sociedad. La decadencia de la antigüedad es una terri-

ble lección. Los antiguos habían querido fundar la libertad sobre la esclavitud y sobre la dominación de una clase de nobles, llegando por ese camino á tal grado de decrepitud, que la población libre y esclava se enervó; el mundo romano amagaba morir de inanición, cuando Dios envió á los Bárbaros.

¿Tenían éstos el sentimiento de igualdad que faltaba al mundo antiguo? Los Germanos eran hermanos de los Romanos y de los Griegos; todos ellos procedían del Oriente. ¿Trajeron consigo, en su emigración, los gérmenes de la constitución teocrática? La historia no da respuesta á esta pregunta. Hay un hecho cierto, y es el de que en el momento que los Germanos aparecen en la historia, no conservan ya resto alguno del régimen oriental. Caracteriza á este régimen la existencia de una casta que gobierna la sociedad en nombre de un dogma religioso; y César mismo observó ya la falta de un cuerpo sacerdotal entre los Germanos: el que en ellos domina es el elemento guerrero.

¿Había algún principio aristocrático en esa sociedad guerrera? Cuestión es esta tan difícil como importante. La nobleza feudal ha salido de la invasión de los Bárbaros: ¿habrá que deducir de aquí que el genio de los Germanos es desfavorable á la igualdad? ¿Habrá que buscar en las tendencias primitivas de la raza germánica el germen del desarrollo que tomó la nobleza en la Edad Media y en la Europa moderna? Bien se ve que una cuestión que, al parecer, pertenece solamente á la erudición, se enlaza con los más graves intereses de la sociedad moderna; así es que los partidos se disputan el pasado con la misma pasión que si se tratase de la organización de la sociedad actual.

La escuela histórica sostiene que existía entre los Germanos la nobleza con todos los caracteres que la distinguen en la Edad Media (1). Esa escuela está inclinada, por su naturaleza, á buscar en la tradición el origen de lo presente; pero á esta idea se mezcla una tendencia á justificar todas las instituciones que el pasado nos ha transmitido. La democracia rivalizó largo tiempo con la aristocracia, al intento de encontrar sus títulos en la cuna de

las nacionalidades, y acabó por convencerse de que la libertad es moderna y la esclavitud antigua (1). Así los partidarios del porvenir y los del pasado se han unido para atribuir á los Germanos una constitución aristocrática, aquellos para censurarla, estos para exaltarla. Un docto germanista, animado de un ardiente amor á la libertad y de ese patriotismo que se complace en hallar en la Germania el ideal de sus deseos y de sus aspiraciones, ha tomado el partido de la igualdad germánica; y, según él, los antiguos Germanos eran todos libres é iguales: la nobleza ha nacido de la anarquía feudal (2). En medio de esas opiniones extremas se han colocado multitud de escritores que, si bien admiten una nobleza entre los Germanos, es una nobleza nacional, sin privilegio y sin que se distinga por ningún carácter esencial de la clase de los hombres libres (3).

Nos parece que esos largos debates son por sí solos una razón para poner en duda la existencia de una nobleza entre los Germanos. Cuando una aristocracia posee privilegios que se reivindican en favor de esa pretendida nobleza, todo el Estado social es aristocrático, costumbres, derechos é instituciones. La historia nos muestra á cada página, unas veces las pretensiones de los nobles á un origen divino ó á una superioridad de raza, otras veces la lucha de los hombres libres para reivindicar la igualdad. La aristocracia, allí donde existe, se produce con una evidencia que no permite negar el papel que desempeña en el progreso de la humanidad. ¿Ha pensado jamás alguno en negar la existencia de las castas, del patriciado ó de la nobleza feudal? Pues si es difícil probar que los Germanos hayan tenido una aristocracia, es porque, sin duda alguna, la institución que se creía encontrar en los bosques de la Germania ha sido allí trasplantada á fuerza de ciencia ó de artificio. Una nobleza no se demuestra por la interpretación sutil de un texto ni por medio de hipótesis; se muestra á sí misma, y cuando ella no se muestra, es que no existe más que en la teoría de los doctos.

(1) WIRTH, *Histor. de Alemania*, t. 1, p. 47.

(2) WELCKER, *Diccionario de la Lengua*, t. 1, en la palabra *Noble*.

(3) LUDEN, *Historia de la Alemania*, lib. III, c. 5, nota 23.—PFISTER, *Histor. de Alemania*, t. 1, p. 250 y sig. Trad. fr. Esta opinión está adoptada por la mayor parte de los jurisconsultos (MITTERMAIER, *Derecho civil alemán*, §§ 48, 58.—WAITZ, *Histor. constituc. alemana*, t. 1, p. 65 y siguientes).

(1) EICHORN, *Histor. del Derecho en los Estados alemanes*, §§ 13, 14, 18, 47, 192 y sig.—GRIMM, *Mitolog.*, p. 226.—SAVIGNY, *Observaciones sobre la Historia del Derecho nobiliario (Misceláneas*, t. IV, p. 1-71.

Preguntad á la escuela histórica cuál es el origen de la nobleza entre los Germanos y cuál ha sido su mision en el desarrollo de la vida germánica. Los unos os dirán que originariamente los nobles eran un cuerpo hereditario de sacerdotes, y los otros, que allí donde hay un rey tiene que haber tambien nobles. De este modo se ponen por base del edificio hipótesis gratuitas y contradictorias. La verdad es que, acerca del Estado social de los Germanos ántes de César, no sabemos nada, y que la primer cosa que impresionó al conquistador de las Galias fué que no tenían un cuerpo sacerdotal, que no eran un pueblo teocrático. ¿Dirémos nosotros, con Grimm, el más erudito de los germanistas, que la realeza está necesariamente rodeada de una aristocracia? Esa idea está tomada de la teoría constitucional de Inglaterra, y hay que admirarse de verla trasportada á una sociedad tan irregular y tan indecisa como la de los Germanos. ¿Tiene la nobleza su origen en la conquista? Si los nobles forman un pueblo conquistador, es preciso que en él exista una diferencia de raza entre ellos y los hombres libres, ó, cuando ménos, deben éstos diferir considerablemente en cuanto á su capacidad jurídica; prueba de ello el patriciado, y tambien la aristocracia feudal. Sin embargo, la escuela histórica se ve obligada á confesar que nobles y hombres libres no forman más que un solo cuerpo: los hombres libres son los que componen la nacion, y en ellos es donde reside la soberanía: la asamblea de los hombres libres es la que hace las leyes, la que juzga, la que elige los magistrados y al mismo rey. ¿Cómo conciliar, pues, una constitucion esencialmente democrática con los privilegios de una aristocracia?

No se podría admitir esa contradiccion, á ménos de que existieran testimonios positivos; los que alega la escuela histórica son de una insignificancia que admira. Respecto á los tiempos anteriores á la invasion, se apoya en la *Germania* de Tácito. El gran historiador ha pronunciado las palabras *nobles* y *nobleza*; pero ¿quién ignora que esas voces latinas no significan precisamente una aristocracia en el sentido que nosotros damos á esta palabra? En Roma se llamaban *nobles* á los hombres, plebeyos ó patricios, que ocupaban elevados cargos; y aún tenía esa palabra un sentido más lato: significaba todo lo que es distinguido, ilustre, célebre. La pretendida aristocracia de los Germanos

no es otra cosa más que esa clase de personas que se habian ilustrado en la guerra ó que ocupaban el primer rango por sus riquezas y su clientela. Si Tácito hubiera querido hablar de una verdadera nobleza, habria indicado sus derechos, sus prerogativas, porque sin privilegios hereditarios no hay aristocracia. Tácito no habla nada de esos privilegios, y para descubrirlos hay que recurrir á forzadas interpretaciones (1).

Verdad es que nuestro conocimiento de la antigua Germania es vago é incompleto; no hay fuentes indigenas, y Tácito es de una concision que desespera. Pero hé aquí á los Bárbaros que salen de sus bosques, que invaden el imperio, que fundan nuevos Estados y que redactan sus usos y costumbres. Sin duda la nobleza germánica va á aparecer con esplendor en la historia y en las leyes. Pues nada de eso; la historia es muda, y las leyes de los pueblos más célebres entre los conquistadores, Francos y Longobardos, no dicen una palabra de esa aristocracia secular. El embarazo es grande; pero Savigny sale de él por medio de la más singular suposicion: la nobleza, dice él, se desvaneció momentáneamente confundiendo con los servidores de los reyes. Á creer al jefe de la escuela histórica, esa desaparición súbita de la nobleza era una especie de sacrificio que habria hecho en favor de la monarquía. En verdad que no se reconoce, en esa extraña explicacion, el gran talento del ilustre jurisconsulto: ¿quién ha de creer que una aristocracia se suprime por abnegacion y para confundirse en una clase dependiente?

Nosotros no queremos hacer de la Germania una tierra de igualdad. Habia en las costumbres germánicas un principio de desigualdad que, desarrollándose en medio de la conquista y como efec-

(1) Se comienza por admitir una nobleza como hecho incontestable: despues se concluye porque debe haber gozado de privilegios, y por último, se refiere á los nobles lo que dice Tácito de los jefes, príncipes ó magistrados. Tácito dice: «En las asambleas de la nacion se eligen los jefes que administran justicia en las aldeas y en las comarcas» (*German.*, 12: *Eliguntur in iisdem conciliis et principes qui jura per pagos vicisque redant*). SAVIGNY traduce: «Se eligen á los que han de administrar justicia entre los príncipes, es decir, entre el cuerpo de la nobleza». Tácito dice: «En la eleccion de los reyes se tiene consideracion al nacimiento (es decir, dice BURNOUF, que en cada pueblo habia un número de familias de entre las cuales se elegían ordinariamente los reyes), en la de los jefes del ejército, al valor» (*German.*, 7). Y EICHORN traduce: «Los duques eran sacados del orden de la nobleza». Cuando hombres de ciencia como SAVIGNY y EICHORN falsean un texto para sostener una tesis, hay que creer que esa tesis es insostenible. Véase con respecto á los príncipes de Tácito á HILLEBRAND, *Lehrbuch der deutschen Staatsgeschichte*, § 17.

to de ella, dió origen á la nobleza feudal. Ese principio es la dependencia personal, resultado de la anexion de los compañeros á sus jefes. Montesquieu ha visto en ese principio todo el vasallaje; en él está, por lo ménos, el gérmen. Los partidarios de Roma han sacado la conclusion de que los Germanos no conocían la verdadera libertad, lo cual es ir demasiado léjos. Se les puede contestar que la libertad tan decantada de los Romanos condujo á la igualdad bajo el despotismo, libertad bien singular por cierto y falsa por demas. Nosotros preferimos la libertad germánica, aún con el elemento de aristocracia que á ella se mezcla. Ese espíritu aristocrático no ha impedido á la libertad el desenvolverse en la Edad Media. ¿Cuál es el país de quien la Europa ha tomado modernamente sus instituciones liberales? La Inglaterra, donde la aristocracia feudal ha echado sus más profundas raíces. Hé aquí un testimonio en favor de los Germanos que desafía á todos los sistemas históricos.

II.—La servidumbre germánica.

Habia entre los Germanos una clase de hombres no libres, por lo cual se ve que la desigualdad se encuentra del mismo modo en los bosques de la Germania que en las ciudades de los antiguos; pero la desigualdad germánica contenía el gérmen de la futura igualdad. La esclavitud antigua, cuando la invasion de los Bárbaros, no habia recibido aún ninguna modificacion esencial: la sociedad, tal como los antiguos la concebían, no podia subsistir sin esclavos. La esclavitud arruinó á la antigüedad, mientras que la servidumbre germánica condujo á la libertad y aún á la igualdad. Debe haber, por consiguiente, en la constitucion social de los Germanos un elemento harto diferente del espíritu que domina en el mundo antiguo: el uno conduce á la vida, el otro á la muerte.

La conquista es el principio de la servidumbre germánica (1). Pródigos de su sangre, los hombres del Norte derramaban de buen grado la de sus enemigos; sin embargo, los vencidos conservaban la libertad y la vida á condicion de cultivar el suelo en beneficio del vencedor. Tal parece haber sido el origen de la servidumbre que Tácito describe:

«Los esclavos no están, como entre nosotros, destinados al servicio doméstico: cada uno tiene su habitacion y su hogar, que gobierna á su manera: el señor les impone, como á renteros, cierta retribucion en grano, en ganado ó en telas; á eso se limita la servidumbre. Pegar á sus esclavos ó castigarles con hierros, es cosa rara: alguna vez se les mata, no por espíritu de severidad, sino por un movimiento de cólera, como se mata á un enemigo, á diferencia de hacerlo impunemente.»

La servidumbre germánica no tiene una condicion uniforme como la esclavitud de los antiguos, sino que varia segun las circunstancias de la conquista. Cuando era conquistada una poblacion entera, conservaba ésta su libertad; pero ¿cuál era la condicion de los prisioneros de guerra y de los esclavos comprados? Los germanistas confiesan que la servidumbre, en su limite extremo, se parecia á la esclavitud antigua; pero entienden tambien que nunca se confundía con ésta: la esclavitud, dicen ellos, es la ausencia de todo derecho; la servidumbre germánica no es más que una disminucion más ó ménos considerable de la libertad (1). ¿Es esto acaso una ilusion del patriotismo aleman? Tácito habla de esclavos que se vendían: el hombre que puede ser vendido, ¿conserva sombra siquiera de libertad? Á los pueblos del Norte les basta la gloria de que la esclavitud personal haya sido entre ellos una rara excepcion; la condicion general era la servidumbre real que Tácito nos ha dado á conocer; y esta servidumbre es tambien la que domina despues de la invasion. En las leyes bárbaras se ve que la mayor parte de los esclavos estaban empleados en el trabajo de la tierra; y con ésta se compraban y se vendían, como parte integrante de ella. Tácito no es tan explícito; pero, cuando se comparan las indicaciones que nos hace con las costumbres escritas poco tiempo despues de la conquista, se hace muy verosímil que la servidumbre, ó la anexion del siervo á la gleba, es una antigua costumbre germánica (2). Y la servidumbre es la transicion de la esclavitud á la libertad moderna. El mundo antiguo pereció por la esclavitud, y los pueblos llamados á regenerar la humanidad le traen el gérmen de la libertad.

(1) SACHSENSPIEGEL, III, 45: «Na rechter warheit s' egenscap con gedwange unde von vengnisse.»

(1) EICHORN, *Historia del Derecho aleman*, tomo I, § 15.—GRIMM, *Antigüedades del Derecho*, p. 300.

(2) BIOT, *De la abolicion de la esclavitud en Occidente*, p. 103.